

EL PADECER RESPIRATORIO DE SIMON BOLIVAR: UN LABERINTO MORAL¹

Basándose en la historia de Simón Bolívar, que murió a los 47 años consumido por una tuberculosis pulmonar,² García Márquez (1989) escribió la novela *El general en su laberinto*. De ese modo, nos ofrece un material privilegiado para aplicar lo que hemos aprendido, en nuestro medio, sobre el significado de las enfermedades respiratorias (Chiozza y colabs., 1991d; Dayen y Obstfeld, 1993).

I) FRAGMENTOS DE UN DRAMA RESPIRATORIO

En el lecho de muerte

<<El general quedó en tan mal estado [después de la visita del obispo], que no pudo levantarse solo de la hamaca, y el médico tuvo que alzarlo en brazos, como a un recién nacido, y lo sentó en la cama apoyado en las almohadas para que no lo ahogara la tos. Cuando por fin recobró el aliento, hizo salir a todos para hablar a solas con el médico.

"No me imaginé que esta vaina fuera tan grave como para pensar en los santos óleos", le dijo. "Yo, que no tengo la felicidad de creer en la vida del otro mundo".

"No se trata de eso", dijo Révérend. "Lo que está demostrado es que el arreglo de los asuntos de la conciencia le infunde al enfermo, un estado de ánimo que facilita mucho la tarea del médico".

El general no le prestó atención a la maestría de la respuesta, porque lo estremeció la revelación deslumbrante de que la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final. El resto eran las tinieblas.

"Carajos", suspiró. "¡Cómo voy a salir de este laberinto!">> (García Márquez, 1989, pág. 268-9).

¿Dónde había comenzado la loca carrera entre sus males y sus sueños? ¿Cuál era el laberinto en el que se sentía metido?

El nacimiento del héroe.

<<El ingenio de San Mateo, a veinticuatro leguas de Caracas, era el centro de sus añoranzas. Allí fue huérfano de padre a los tres años, huérfano de madre a los nueve, y viudo a los veinte. Se había casado en España con una bella

¹ El presente trabajo, realizado con la colaboración de las Lics. Olga Boari y Silvia Lascano, fue presentado en el Simposio de 1995.

² La tuberculosis pulmonar es producida por el bacilo de Koch. El cuadro se acompaña de hemoptisis, disnea, fiebre, adelgazamiento, sudores nocturnos y diarreas. En estado avanzado, se produce la necrosis tisular que al expulsarse al exterior, mediante la tos, deja cavidades o cavernas pulmonares que disminuyen la capacidad respiratoria. El proceso, lentamente, lleva a un estado de caquexia terminal y a la muerte.

Este no es un trabajo sobre el significado de la tuberculosis. En esta ocasión nuestro interés se concentra en comprender el sentido del trastorno de la función respiratoria, sin ocuparnos —al menos por ahora— de los mecanismos a través de los que ocurre ni de los síntomas que conforman el cuadro.

muchacha de la aristocracia criolla, parienta suya, y su única ilusión de entonces era ser feliz con ella mientras fomentaba su inmensa fortuna como señor de vidas y haciendas en el Ingenio de San Mateo. Nunca se estableció a ciencia cierta si la muerte de la esposa a los ocho meses de la boda fue causada por una fiebre maligna o por un accidente doméstico. Para él fue su nacimiento histórico, pues había sido un señorito colonial deslumbrado por los placeres mundanos y sin un mínimo interés por la política, y a partir de entonces se convirtió sin transiciones en el hombre que fue para siempre. Nunca más habló de su esposa muerta, nunca más la recordó, nunca más intentó sustituirla. Casi todas las noches de su vida soñó con la casa de San Mateo, y a menudo soñaba con su padre y su madre y con cada uno de sus hermanos, pero nunca con ella, pues la había sepultado en el fondo de un olvido estanco como un recurso brutal para seguir vivo sin ella>> (ídem, pág. 254-5).

Había nacido el héroe, el gran hombre que fue para siempre. Atrás había quedado el recuerdo de su esposa muerta, la ilusión de ser feliz con ella, la inmensa fortuna, los placeres mundanos...

<<"Nunca volveré a enamorarme" [confesó una vez]. "Es como tener dos almas al mismo tiempo">> (ídem, pág. 157).

La enfermedad en la gloria y en el fracaso

Veinte años después de aquel nacimiento histórico, lo encontramos sin embargo con el alma mucho más partida de lo que él hubiera imaginado: una en penosa agonía, otra en la embriaguez de la gloria.

<<La primera noticia [de su enfermedad] la había llevado un oficial de la marina británica que lo vio por casualidad en el desierto de Pativilca, al norte de Lima, en plena guerra por la liberación del sur (ídem, pág. 24)... En todo caso, no hubo una agonía más fructífera que la suya. Pues mientras se pensaba que muriera en Pativilca, atravesó una vez más las crestas andinas, venció en Junín, completó la liberación de toda la América española con la victoria de Ayacucho, creó la república de Bolivia, y todavía fue feliz en Lima como nunca lo había sido ni volvería a serlo jamás con la embriaguez de la gloria>> (ídem, pág. 25).

Para él quedaba, sin embargo, todo por hacer.

<<"Ya tenemos la independencia, general, ahora díganos qué hacemos con ella". En la euforia del triunfo él los había enseñado a hablarle así, con la verdad en la boca. (...) "La independencia era una simple cuestión de ganar la guerra", les decía él. "Los grandes sacrificios vendrían después, para hacer de estos pueblos una sola patria".

"Sacrificios es lo único que hemos hecho, general", decían ellos.

El no cedía un punto:

"Faltan más", decía. "La unidad no tiene precio">> (ídem, pág. 106).

Pero un tiempo después estaba desconsolado.

<<"En todo caso, el equivocado soy yo", dijo. "Ellos sólo querían hacer la independencia, que era algo inmediato y concreto, y ¡vaya si lo han hecho bien!. (...) En cambio, yo me he perdido en un sueño buscando algo que no existe">> (ídem, pág. 225).

Y decidió renunciar a la presidencia de la Nación (Colombia) y comenzar el viaje hacia un destierro voluntario:

<<"Quédese", le dijo el ministro, "y haga un último sacrificio por salvar a la patria".

"No, (...)", replicó él, "ya no tengo patria por la cual sacrificarme".

Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran>> (ídem, pág. 44).³

II) LA COMPRESION DESDE EL PSICOANALISIS

Un drama moral

Cuando al final de "la loca carrera entre sus males y sus sueños" Bolívar siente la revelación aterradora de que debe enfrentarse con sus "asuntos de conciencia", se ve acorralado en las oscuridades de un intrincado laberinto del que ya no hay salida. El drama de Bolívar es un drama moral.

En esta historia, la palabra **laberinto** parece condensar un significado profundo. García Márquez la pone en el título de su novela. Bolívar la pronuncia en la "última" frase de su vida, la que revela —o esconde— el sentido del drama, mientras cae el telón.

Una interpretación convincente de Campbell (1949) nos orienta en la comprensión. Cuenta la leyenda que el Gran Minos, rey de Creta, celebrado legislador y modelo de virtudes públicas, hizo construir un laberinto, para esconder el monstruo —cuerpo humano con cabeza y rabo de toro— nacido de Pasifae, la reina. La sociedad culpaba a la reina, pero el rey tenía también qué reprocharse a sí mismo. El ocultaba en su pasado un engaño inmoral. Había podido acceder al trono auxiliado por Poseidón, quien le envió un magnífico toro blanco al que luego debería sacrificar. Conquistado el trono, Minos pensó en las ventajas de ser el dueño de tal ejemplar y arriesgó una sustitución mercantil: ofrendó el mejor toro que poseía y agregó el otro a su ganado. ¿Cómo podría reprocharle ahora a su esposa el enamoramiento ominoso?

Campbell (1949, pág. 21) concluye entonces que el rey Minos "Había convertido un asunto público en un negocio personal (...). La devolución del toro debería haber simbolizado su absoluta sumisión a las funciones de su dignidad. El haberlo retenido significaba, en cambio, un impulso de engrandecimiento egocéntrico".

³ A modo de ficha clínica consignamos: "El doctor Alexandre Prosper Révérend (...) no tuvo necesidad de tomarle el pulso para darse cuenta de que había empezado a morir desde hacía años. Por la languidez del cuello, la contracción del pecho y la amarillez del rostro, pensó que la causa mayor eran los pulmones dañados, y sus observaciones de los días siguientes iban a confirmarlo. En el interrogatorio preliminar que le hizo a solas, medio en español, medio en francés, comprobó que el enfermo tenía un ingenio magistral para tergiversar los síntomas y pervertir el dolor, y que el poco aliento se le iba en el esfuerzo de no toser ni expectorar durante la consulta" (ídem, pág. 249). "Con todo, el estado de ánimo del general no se correspondía con su postración, pues actuaba como si los males que lo estaban matando no fueran más que molestias banales" (ídem, pág. 251).

Las dos almas

Bolívar había abrazado un ideal que lo llenaba de orgullo.⁴ "Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso" (García Márquez, 1989, pág. 281), le había escrito una vez a su maestro. Anhelaba ser un hombre íntegro, de una sola pieza. Pero más allá de su voluntad su alma estaba partida. Tras la situación traumática que dio lugar a su nacimiento histórico, sepultó en el fondo de un olvido estanco, no sólo el recuerdo de su mujer, sepultó también, en el mismo acto "heroico",⁵ al "señorito colonial, deslumbrado por los placeres mundanos y sin un mínimo interés por la política", al que "fomentaba su inmensa fortuna como señor de vidas y haciendas".

No "sabía" —no podía o no quería saberlo— que con ese olvido forjaba dentro de sí dos almas inconciliables: una "pública" —para los demás y para sí mismo—, reconocida y valorada, que le henchía el pecho de un coraje noble y generoso. Otra íntima —rechazada, desatendida y oculta—, llena de otros deseos deshonorosos... ¿Mundanos?, ¿mezquinos?, ¿vanidosos?...

Se trata de un drama moral: el drama de un hombre que llevó al extremo una paradoja cotidiana que suele inundarnos de desasosiego: procurando ser recto, un hombre sin doblez, se hundió en un laberinto de dobleces y retorcimientos. Mientras más se esforzaba por ser magnánimo, más aborrecía —y le dolían— los residuos de mezquindad que atisbaba en el rincón oscuro de su alma.

El precio de una verdad a medias

Su generosidad era verdad, pero no era toda la verdad. "Si el dadivoso mecenas", dice Freud (1937c, pág. 231), "nos sorprende con un rasgo aislado de mezquindad, si el hiperbueno se deja llevar de pronto por una acción hostil, he ahí unos 'fenómenos residuales' (...). Nos muestran que aquellas loables y valiosas cualidades descansan sobre una compensación y sobrecompensación que, como era de suponer, no han cuajado por entero (...)."

Pero él se resistía a aceptar que algo manche la pureza de sus ideales magnánimos:

<<"Mi frente no será mancillada nunca por una corona">> (García Márquez, 1989, pág. 130),

decía rechazando la tentación de la monarquía.

Le indignaba que se interprete como ambición personal su lucha por un sueño para todos:

<<"Mientras yo pierdo mi tiempo predicando la unión, estos sietemesinos me acusan de conspirador">> (ídem, pág. 151).

Y lo obsesionaba cualquier duda sobre su honestidad:

<<"Era tan sensible a todo cuanto se dijera de él, falso o cierto, que no se repuso nunca de ningún infundio, y hasta la hora de su muerte estuvo luchando por desmentirlos">> (ídem, pág. 122).

⁴ "Todos estos progresos en la espiritualidad tienen por resultado acrecentar el sentimiento de sí de la persona, volverla orgullosa, haciéndola sentirse superior a los otros que permanecen cautivos de la sensualidad" (Freud, 1939a, pág. 111).

⁵ Al calificar de "heroico" entre comillas al olvido de Bolívar queremos significar por un lado el esfuerzo desmesurado que le demandó la represión, y por otro que fue ésta la que dio lugar al nacimiento del héroe. Aquí, como en el caso del nacimiento a la vida extrauterina, se asocian trauma, represión y nacimiento.

Pero era la más infructuosa de sus batallas. Sólo lograba disparar perdigonadas inútiles contra las sombras externas de un enemigo interior. Era él —y no sus compatriotas— el primero en no creerse a sí mismo. Era él quien en la embriaguez de la gloria sintió ensombrecido el ánimo por la duda, ominosa, de estar corriendo tras una vanidad innoble. Era él, antes que nadie, quien, frente al fracaso más aún que en la victoria, sintió desde el fondo de su laberinto el vaho pestilente de un monstruo sepultado, pero no muerto.

<<Debía ser conciente de la fetidez y el calor de su aliento, pues se cuidaba de hablar a distancia y casi de perfil>> (idem, pág. 146).

Un año antes de enfermar había escrito:

<<Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida>> (idem, pág. 9).

Sumido en la atmósfera tóxica que le nacía del alma, día a día fue transformando en realidad

<<la certidumbre melancólica de que había de morir en su cama, pobre y desnudo, y sin el consuelo de la gratitud pública>> (idem, pág. 16).⁶

Era una certeza engañosa que apenas lograba ocultar el anhelo perentorio de un reconocimiento confortante. Pero ahora la gratitud, como antes la gloria, no le hubiera servido de redención. Su ideal ético, implacable, ya no le daba respiro.⁷

⁶ Muchas veces le hemos escuchado decir a Chiozza que un objeto interno persecutorio que se pretende contrarrestar a través del amor de un objeto externo es una situación sin salida. Si el objeto no prodiga el amor esperado, el sujeto confirma su fantasía de ser malo, pero si el objeto ama, el sujeto descalifica ese amor por provenir de alguien carente de la perspicacia para conocer su intimidad.

⁷ Quizás la lectura de este trabajo pueda inducir a pensar que el "desaliento" de Bolívar era conciente. Para evitar esta confusión conviene tener presente que durante la evolución de su enfermedad Bolívar no abandonó la lucha por alcanzar su ideal. En la expresión "la loca carrera entre sus males y sus sueños", García Márquez nos muestra que en la conciencia de Bolívar sus sueños y sus males seguían caminos paralelos y antagónicos. Para poder correr detrás de sus sueños, debía mantener oculto "detrás" de la enfermedad respiratoria el sentimiento de desaliento.

Bibliografía

Campbell, Joseph (1949) El héroe de las mil caras, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 1992.

Chiozza, Luis; Baldino, Oscar; Funosas, Mirta y Obstfeld, Enrique (1991d [1990]) "Los significados de la respiración", en Los afectos ocultos en... psoriasis, asma, trastornos respiratorios, várices, diabetes, trastornos óseos, cefaleas, accidentes cerebrovasculares, (2ª edición), Luis Chiozza, Buenos Aires, Alianza, 1997, pág. 41.

Dayén, Eduardo y Obstfeld, Enrique (1993) "Aproximación al significado de la tos", Simposio de 1993, Fundación Luis Chiozza.

Freud, Sigmund (1937c) "Análisis terminable e interminable", en Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1985. T. XXIII, pág. 211.

Freud, Sigmund (1939a [1934-38]) Moisés y la religión monoteísta, en Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1985. T. XXIII, pág. 1.

García Márquez, Gabriel (1989) El general en su laberinto, Buenos Aires: Sudamericana, 1993.